

Tejiendo el azar

Andrés Colorado Vélez

Sociólogo (UdeA), Especialista en Métodos y Técnicas de Investigación (CLACSO), autor de *Cuánticos* (2019), editorial Fallidos, y *El Juego de los Afligidos* (2020), Fondo Editorial IUE. Creador de *Homodrogado*, editorial artesanal, andrescoloradovelez@gmail.com

“Para M. Mon., por supuesto”

Rosario toma el suéter de lana de fantasía que dejó a medias la noche anterior y poniéndolo a la altura de los ojos mira un momento el tejido y revisa que no haya luz entre las puntadas. Satisfecha, se arrellana en la poltrona de cuero café, retoma la labor y teje sin pausa, esforzándose por concentrar sus sentidos en el suéter amarillo que desde hace una semana le encargaron y no darle cabida al fantasma que desde hace tres meses, con el filo hilo del engaño, comenzaron a entretrejer el azar y ella en torno a su matrimonio con Miguel. El trabajo manual, que se asegura, es ideal para disminuir el estrés y abstraerse de problemas, no surte ese efecto en Rosario, quien hace *crochet* no por pasatiempo sino por necesidad. Mientras teje bajo las luces de la sala y la cocina, entre el desorden y las sombras del resto del apartamento y el repiqueteo de la lluvia sobre los geranios y los claveles en la terraza, cada tanto, vuelve a cobrar vida el espectro y Rosario se ve, de nuevo, reflejada en el vidrio de la puerta corrediza del balcón de su amante quien, tomando una de sus manos blancas y rollizas, le susurra al oído las frases cursis y jactanciosas que Miguel, tras siete años de matrimonio, por la oxidación del erotismo, no volvió a decir.

Sacudiendo la cabeza, como quien trata de espantar un insecto que da vueltas en torno a unas migajas, queriendo evitar que los recuerdos tomen mejor forma y la película donde su perfidia tiene un rol protagónico corra a todo color en la pantalla de su mente, Rosario vuelve a concentrarse en el tejido y la escena del balcón se esfuma entre el amarillo y la textura suave y delicada del hilo de fantasía que avanzando en sus manos da forma al hombro izquierdo del suéter a medio tejer. Sosteniendo la

aguja como si estuviera agarrando un lápiz: con el pulgar e índice derechos ubicados en la empuñadura, Rosario forma un nudo corredizo alrededor de la aguja y envuelve la lana alrededor de ella para tejer una nueva cadeneta y, como si vinieran anudados al hilo de fantasía, asalta a su memoria una maraña de frases que ha estado escuchando en varios *podcast* sobre la infidelidad en busca de esos argumentos que la defiendan ante la culpa que la persigue de sol a sol. Por eso, sin mucho esfuerzo, logra recordar con claridad las opiniones que le escuchó decir a Manuel Vilas en la presentación de su última novela: “en un montón de matrimonios los besos ya son rutinarios. Es muy triste, pero el mundo está lleno de esos besos entre seres humanos que han perdido la pasión erótica, no hacen el amor, pero siguen juntos”. La rutina, la rutina, la rutina, repite Rosario cual si fuera un mantra que la libera de su falta, pero eso no impide que en cadena regresen a su mente las escenas y secuencias de comedia romántica de la estratagema que hiló cuando se supo presa del anzuelo del erotismo que a la vera del cauce del matrimonio la pescó: el reencuentro con los amigos de la universidad de veinte años atrás y sus citas de los viernes, durante octubre, para recordar entre cerveza y ron viajes al mar y fiestas de cumpleaños. Noviembre y los mensajes de WhatsApp para concertar citas a escondidas e intercambiar mensajes de amor con aquel que le cuchichea al oído las expresiones presuntuosas y afectadas que el oxidado Miguel ya no le espeta.

Poniendo el tejido en el muslo derecho, Rosario revisa que el viso de luz que ve entre dos puntadas no sea una de menos o una de más producto de la ensoñación en la que la sumergen los recuerdos. Y luego,

para reforzar un borde, decide hacer una puntada invisible: desliza la aguja a través del aro que se formó al inicio de una cadeneta de seis puntos, envuelve la aguja desde atrás hacia adelante y, siguiendo la aguja, jala la lana a través de la puntada y vuelve a verse en esos días, siete años atrás, cuando septiembre corría por el cauce del año 2013 y Miguel aparecía en el horizonte sonriente y bronceado a pesar de los días sin sol y de lluvia: llegaba tarde a una reunión o cruzaba la sala de profesores o aparecía en cualquier momento o circunstancia traído por las ganas que ella tenía de verle para recargar energías y soportar las presiones del mundo escolar al que finalmente renunció para dedicarse al oficio de tejedora.

Revisando el cuello del suéter y verificando que la puntada de *crochet* doble tenga los eslabones suficientemente sueltos para mayor comodidad al usar la prenda, Rosario vuelve y vuela al *podcast* de Vilas y cual si fuera una lección escolar recita la frase que en torno al divorcio el escritor planteó: “la mayoría de la gente no se divorcia por miedo económico. Sus besos son como decir vamos a seguir pagando el apartamento juntos, porque si nos separamos vamos a morir de frío y más vale seguir viviendo así como vamos que a la intemperie” e invariablemente se ve ahí en el apartamento del barrio Velódromo, en el apartamento de Calasanz, en el apartamento de Florida Nueva discutiendo con Miguel en medio de unos vinos, al final de un desayuno o en medio de los preparativos de un almuerzo, los pro y los contra de seguir pagando arriendo, las ventajas de comprar un apartamento y las desventajas de hacer un préstamo en el banco.

Dejando el tejido sobre el mueble, Rosario se pone de pie, toma un cigarrillo de la mesa de centro y, mirando por la ventana de la terraza, se pone a fumar. Al fondo, la ciudad a oscuras luce muda bajo la lluvia, mientras inundadas las calles de su memoria por dudas y frases rotas, donde el ayer y el porvenir se entrelazan y forman una red que no parece tener principio ni fin, Rosario recuerda las promesas que Miguel y ella se regalaban: “te amo”, “acompañémonos para crecer juntos”, “hasta que la muerte nos separe” y, sin dejar de mirar la ciudad, trata de imaginar en qué bar y con qué mujer bailará salsa Miguel a esa hora y en qué cama irá a dormir. Cierra los ojos para evocar mejor y desea ser ella, sonriente, la que baila con él *Un Pedacito*, de Monguito “El Único”, que es la canción que el ritmo de su corazón eligió para darle atmósfera a la ensoñación: “... *ya puedo cantar con alegría. Ya tengo el amor que yo quería*”.

Y en el desorden de los recuerdos, Rosario trata de hacer aparecer en los sesenta metros cuadrados de su apartamento la pareja que entretrejió durante siete años con Miguel y que una cadena de decisiones suya intrincó. “Hay otra cosa importante en el amor: la exclusividad, que es uno de los grandes hallazgos del matrimonio. Es como una droga; tú eres el ser más importante para la otra persona y esto también tiene fuerza erótica, aunque luego no vaya acompañado de sexo”, piensa Rosario en las palabras de Manuel Vilas mientras juega a imaginar cuántos años más podría haber durado en ella la exclusividad de Miguel, de no ser por el nudo de quimeras que ella creó envolviendo la pulsión de sus deseos alrededor de su matrimonio hasta darle forma al nudo corredizo que a inicios de diciembre la llevó a pedir un tiempo, unos días de distancia para oxigenarse y, al final de mes, la condujeron a Cartagena, a una playa paradisíaca, a comer camarones y caminar ocho días ingrátida, cual si flotara en la nube de orgasmos que hiló con los besos y caricias de su amante.

“El matrimonio y la convivencia contaminan la sexualidad, el erotismo y la elevación romántica”, concluye de forma lapidaria Vilas y Rosario, repasando mentalmente la frase y meneando la cabeza en actitud de desaprobación, hace un aro con la lana de fantasía para que la cola de las lanas caiga detrás del aro, guía la aguja a través del aro bajo la cola y luego jala, ajustando la lana alrededor de la aguja y cortando el sobrante. ¿El matrimonio? —murmura Rosario de pie ante el espejo de cuerpo entero del que fuera el estudio de Miguel, poniéndose el suéter amarillo para ver sus dimensiones—, falso, señor Vilas: nada contamina más que una mentira para acomodar un relato o para salvarnos del tedio de la pareja; la víctima siempre termina siendo el victimario. Tejer la vida no es como hacer *crochet* con hilos de lana de fantasía, remata Rosario mientras el espejo le confirma que el suéter le quedó demasiado grande. ■



Daniela Betancur @xdanielabetancur